

CUBANET

26

junio
2017

Selección quincenal de artículos
y noticias publicados en nuestro sitio digital

www.cubanet.org

ÍNDICE



04

Las medidas de Donald Trump hacia Cuba y el final simbólico de una época



05

Gracias por nada, Trump



06

La nueva política hacia Cuba explicada a los niños



07

De vuelta a la confrontación



08

¿El show fue en Miami o en La Habana?

ÍNDICE



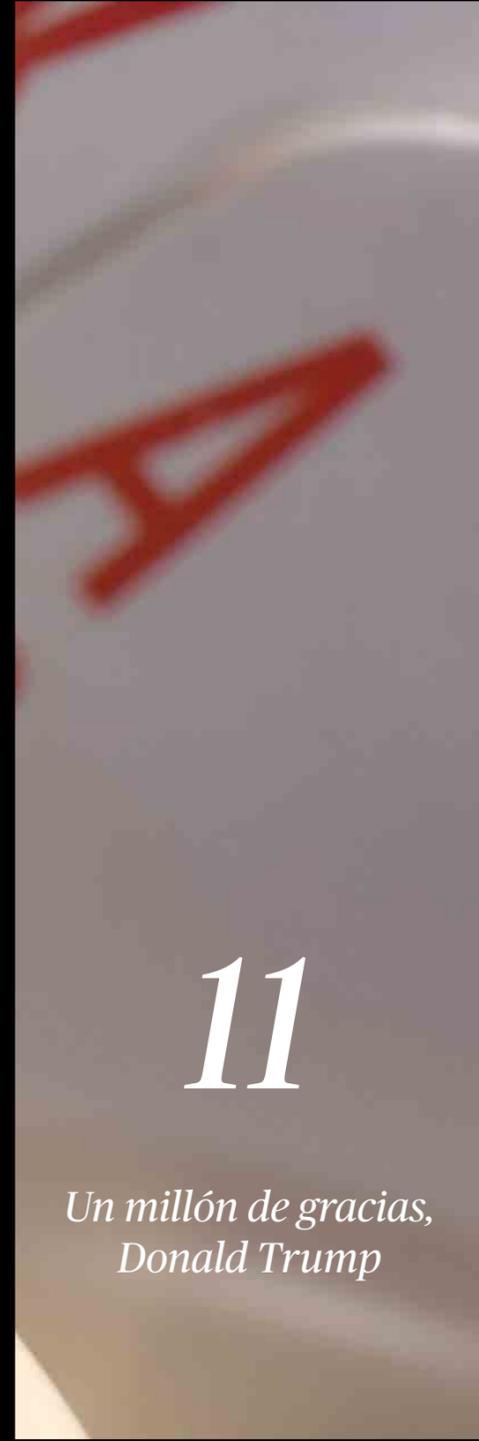
09

*Una española testaruda-
mente castrista*



10

*Días en la última
Habana*



11

*Un millón de gracias,
Donald Trump*



12

*¿Socialismo próspero
o Estado corporativo
fascista?*



13

*¿Más o menos
embargo?
Lo que prefiere Castro*

Las medidas de Donald Trump hacia Cuba y el final simbólico de una época

La reacción del gobierno cubano ha sido particularmente llamativa y pone de relieve que los tiempos ya no son los mismos

MIAMI, Estados Unidos.- El acto escenificado en Miami el viernes 16 de junio por el Presidente Donald Trump daba cumplimiento a una de las promesas hechas por el candidato republicano durante la campaña electoral. Buscando el apoyo del voto cubano, Trump prometió revertir los cambios hacia Cuba que emprendió su antecesor en la Casa Blanca. Señalado por su simbolismo por algunos medios, el anunciado giro se produjo en un enclave teatral miamense de La Pequeña Habana, sitio emblemático para el exilio cubano.

Arropado por centenares de invitados de origen cubano, un flamante Trump acompañó sus propuestas de “cambio” con un fuerte discurso anti castrista, como era de esperar. No tanto lo fueron las medidas enunciadas para dar cumplimiento a la nueva política de poner freno y endurecer unos nexos restablecidos por la administración Obama: un paso inédito e histórico del demócrata que puso fin a una larga y poco fructífera estrategia para aislar (y derrocar de ser posible) al régimen castrista. Casi seis décadas de enfrentamiento que arrojaron el resultado de una dictadura afincada en el poder y un pueblo que en definitiva fue el que recibió todo el peso y las consecuencias de ese castigo de doble imposición llamado embargo por unos y bloqueo por los otros.

En esta ocasión parecía que el señor Trump apostaba por restablecer el estado de cosas anterior a diciembre del 2015 y no pocos aplaudieron que así ocurriera. Para sorpresa de muchos y desencanto de no

pocos de los que apuestan por aislamientos y rupturas, el endurecimiento quedó centrado en dos medidas con las que se busca evitar que los beneficios económicos de las actuales relaciones oxigenen la estructura militar que rige en la Isla. Básicamente las restricciones estarían dirigidas a reducir la posibilidad de viajes para los ciudadanos norteamericanos, que los que viajen no gasten el dinero en hoteles e instalaciones bajo administración militar y prohibir transacciones comerciales entre empresas estadounidenses con aquellas controladas por instituciones uniformadas de Cuba.

El gesto de buena voluntad expresado por Donald Trump de ayudar a una transición democrática y efectiva en Cuba, presenta incongruencias si se compara su actitud hacia situaciones similares, y hasta peores, que acontecen en otros países cuyos gobiernos tienen relaciones con Estados Unidos, son sus aliados o en los que el propio presidente tiene negocios. Turquía y China son dos ejemplos. En el primero el gobierno de Erdogan se ha convertido en uno de los mayores violadores de derechos humanos y libertades ciudadanas, ocupante del primer lugar en la lista negra emitida por Amnistía Internacional. Centenares de periodistas presos, medios cerrados, opositores perseguidos o profesionales expulsados de sus trabajos por el simple hecho de no ser afines a los designios del presidente turco. La imagen de la violenta acción represiva llevada a cabo por decenas de sicarios contra un grupo de manifestantes kurdos frente a la embajada de Turquía en Washington aún puede verse en las redes. En lo que supone una falta de respeto total al país anfitrión, sin tener en cuenta a los policías locales que montaban un cordón de seguridad los energúmenos salieron en pandilla para disolver a patadas y piñazos a los manifestantes pacíficos.

La otra cara de la moneda se muestra en la realidad china. Nada modélica en cuestiones de derechos y democracia, China concedió en días recientes el permiso de producción a nueve marcas registradas de Trump. Una de las empresas que producen artículos de la línea representada por su hija Ivanka en aquel país, fue denunciada por el trato que reciben los trabajadores. Los denunciantes han sido encarcelados y esperan juicio. ¿Acaso sería conveniente la

misma aplicación de medidas restrictivas que limiten la entrada de dinero norteamericano en entidades de ambas naciones cuyos beneficiarios finalmente serían las castas gobernantes que tratan de imponer una dictadura democrática en Ankara y a los emporios militares que en China reprimen, explotan y de paso construyen submarinos y porta aviones en franca competencia con Norteamérica?

La reacción del gobierno cubano ante el anuncio hecho en Miami ha sido particularmente llamativa y pone de relieve que los tiempos ya no son los mismos. En una circunstancia semejante, bajo la égida del desaparecido Castro, en la hipotética posibilidad de que el Comandante hubiera facilitado el acercamiento con su enemigo entrañable, el acto de Trump tendría la respuesta de infinitas marchas, jornadas de reafirmación ideológica y discursos interminables cargados de mensajes anti imperialistas. Paralelo a ello las consecuentes medidas aplicadas como castigo en lo económico a emigrantes y en lo represivo contra activistas opositores. Nada que ver con la inédita transmisión en directo y sus correspondientes retransmisiones, del discurso de Trump en los medios oficiales cubanos. Una nota de prensa tomó de este hecho la parte humorística en el comentario de una mujer diciendo que mientras a Obama le costó casi ocho años salir en directo en la televisión de la isla, su sucesor lo había logrado en tan solo seis meses. Me pregunto si no sería una mejor táctica que Trump viajara a la cercana Isla y contactara en directo con una población que en el fondo no le rechaza. Tal vez su visión de la realidad cambiara al comprobar que en un país donde la gente no le tiene la desestima que se aprecia en la mayoría del planeta, la mejor opción tal vez sería acelerar las reformas con la impronta de la presencia y no con el alejamiento.

Hay otro detalle a destacar. Se trata de la amplia representación de disidentes que acudieron desde Cuba expresamente al evento en Miami. Alguno de ellos expresó sin ambages su apoyo a las medidas del mandatario norteamericano contra el gobierno de su país. Algo imposible de imaginar en anteriores escenarios del Castro más radical. Incluso en sus palabras el Canciller cubano fue mesurado al evaluar las disposiciones de Trump llegando a justificarle al

decir que el presidente estaba mal asesorado en el tema cubano. Pero más allá de la denuncia por el supuesto endurecimiento del embargo, el jefe de la diplomacia cubana reiteró su voluntad de continuar el diálogo “respetuoso” con Washington.

Fue mucho más contundente en su crítica el exmandatario mexicano Vicente Fox, a quien nadie puede acusar de pro castrista. Fox manifestó su desacuerdo con este cambio de rumbo al que atribuyó a “cubanos malagradecidos que no quieren que su país avance” y que aportaron dinero a la campaña del hoy presidente. Afirmó Fox que en su criterio “... esta marcha atrás que pretende Trump es desastrosa, parece el gringo feo, que conocimos en el pasado, imperialista, volviendo a imponer su voluntad sobre países independientes”.

Por otro lado cabe la duda de si las restricciones de visitantes turísticos norteamericanos en aumento evidente (285 mil en la mitad del año en curso) más bien ayudan a evitar una crisis de ofertas en un sistema que confronta serios problemas en el terreno turístico sin haber tenido el tiempo y los recursos adecuados para crear condiciones que satisfagan las expectativas de unos exigentes visitantes.

Hay efectivamente mucho de simbólico en el acto celebrado en el Manuel Artime de Miami. El propio nombre del teatro al que aludió Bruno Rodríguez señaló una parte de la historia que encierra ese nombre al recordar que el cubano exiliado. El Canciller remarcó el papel de liderazgo civil que Artime tuvo en la fallida invasión de Girón pero omitió el pasado revolucionario del guerrillero del Ejército Rebelde que combatió en Maffo, Guisa o Palma Soriano. Símbolo de un pasado que cierra sus cortinas, húmedas y polvorientas, al mismo estilo de las decoran el interior del Artime, en una pequeña Habana que cada vez pierde más su esencia cubana, en vías de extinción por una pugna constructiva criticada por la UNESCO y que amenaza con la ruina de los pocos negocios tradicionales que quedan en esta zona miamense, donde se quieren levantar modernas edificaciones y negocios millonarios. Una Pequeña Habana que cada vez tiene menos de Cuba y más de semblanza centroamericana de cara a un futuro diferente.

Miguel Saludes



Gracias por nada, Trump

El show resultó ser más rollo que película

LA HABANA, Cuba.- Después de mucha algarabía mediática, la “nueva política” de Trump hacia Cuba no ha pasado de la retórica más o menos esperada por la mayoría de los analistas políticos. Su acto resultó más un gesto simbólico para con sus fieles que alguna novedad práctica. En síntesis: quienes esperaban el anuncio de cambios verdaderamente trascendentales en la política hacia Cuba por parte del presidente estadounidense durante su discurso en Miami el pasado viernes 16 de junio, debieron quedarse con tres palmos de narices. Como solemos decir en Cuba, el show resultó ser más rollo que película.

Los muy esperados cambios, lejos de resultar novedosos, son en realidad bastante

limitados. De hecho, el plato fuerte de su anunciado “castigo” a la dictadura castrista se encierra en una baza inconsistente donde las cartas esenciales parecen ser la prohibición a empresarios estadounidenses a negociar con empresas militares cubanas, la supresión de las visitas individuales de ciudadanos estadounidenses a Cuba y la fiscalización de las visitas en grupos. Lo demás es hojarasca.

Seguramente el Palacio de la Revolución en pleno está temblando de pavor. Ya la dictadura se puede dar por perdida: a juzgar por el entusiasmo de sus fanáticos reunidos en el teatro Manuel Artime, en La Pequeña Habana, con Trump en el poder el castrismo tiene sus horas contadas. Dicen los que saben de eso que a los Castro y “a la mafia dialoguera” de Miami “se les acabó el pan de piquito”, que “los actores políticos (¿?) se encuentran ahora en el lugar en el que deberían estar” y que el discurso de Trump fue “amistoso con el pueblo de Cuba”. Si el asunto no fuera tan serio, probablemente causaría risa.

Lo lamentable es que hay quienes se han creído el camelo. O al menos simulan habérselo creído, que a fin de cuentas cada uno debe apegarse al papel del personaje que representa en el guion de esta eterna tragicomedia cubana.

Otra cuestión sería que toda esa elaborada teoría anticastro (ahora sí) se lograra llevar a la práctica con éxito, lo cual es cuando menos tan dudoso como la construcción del socialismo que siguen pregonando los extremistas desde las antípodas.

Y es dudoso no solo por el nimio detalle del largo proceso que debe seguir cada propuesta del Ejecutivo en EE.UU. antes de ser aplicada en la práctica –tal como quedó detallado en una hoja informativa de la Casa Blanca–, sino porque su sola concepción acusa un absoluto desconocimiento de la realidad cubana al pretender “canalizar las actividades económicas fuera del monopolio militar cubano, GAESA”.

Diríase que en Cuba existe una división de poderes y una autonomía de las instituciones que permite deslindar claramente “lo militar” de “lo civil”, definir sus funciones y establecer hasta dónde el entramado económico de empresas, cooperativas y otros sectores se relacionan o no con el

empresariado militar o, lo que es igual, con el mismo monopolio Estado-Partido-Gobierno con el cual –no obstante– se mantendrán las relaciones. Solo eso sería todo un reto para los cubanos de aquí dentro, no digamos ya para los que emigraron 50 años atrás o para la muy anglosajona administración Trump.

Por otra parte, las propuestas del señor Trump portan otra caprichosa paradoja puesto que al limitar las visitas individuales se perjudicaría directamente el frágil sector privado –en especial el que se dedica al hospedaje y la restauración, sin contar los transportistas y los artesanos que viven de la ventas de souvenirs y otras chucherías– que se nutre precisamente de ese turismo individual.

En cambio, las visitas grupales, que se mantienen vigentes, son las que favorecen a las instalaciones hoteleras del Estado, en las que suelen hospedarse esos grupos de visitantes debido a que éstas cuentan con mayores espacios y prestaciones que los particulares.

Esto sería en lo tocante al aspecto práctico del asunto. Otro punto es el relativo a lo meramente político. Causa estupor el regocijo de algunos sectores del exilio cubanoamericano y de la llamada “oposición de línea dura”, del interior de la Isla, tras el (dizque) “exitoso” discurso del mandatario estadounidense, y más aún sus declaraciones sobre los beneficios que aportará “al pueblo cubano” en materia de derechos humanos la nueva-vieja política de confrontación.

De hecho, no se explica tanto jolgorio por cuanto resulta obvio que el discurso de Trump quedó muy por debajo de las expectativas que habían estado manifestándose previamente en dichos sectores. Uno de los reclamos más socorridos por parte de este segmento ha sido la ruptura de relaciones entre ambos países, y más recientemente, la reinstauración de la política de “pies secos, pies mojados”, derogada en los días finales de la anterior administración. Lejos de ello, el impredecible Trump no solo reafirmó la continuación de las relaciones diplomáticas, sino que omitió el tema de la crisis migratoria cubana e incluso el de la supresión de los fondos para la ayuda a la democracia, propuesta

por él mismo pocas semanas antes.

Curiosamente, ninguno de los medios presentes en la conferencia de prensa celebrada tras el muy conspicuo discurso hizo preguntas incómodas sobre cualquiera de estos tres puntos, que sí constituyen verdaderos pivotes de cambio en la política estadounidense hacia la Isla y que afectan tanto el destino de los cubanos varados en diferentes puntos de Latinoamérica en su interrumpido viaje a EE.UU., como el financiamiento (y en consecuencia, la supervivencia) de varios proyectos opositores tanto al exterior como al interior de Cuba.

Lo cierto es que hasta el momento el gran ganador de las propuestas de Trump es precisamente el castrismo, toda vez que la retórica de la confrontación es el campo natural de su discurso ideológico al interior y al exterior de la Isla. Así se ha apresurado a demostrarlo la declaración oficial publicada a todo trapo en todos los medios de su monopolio de prensa el pasado sábado 17 de junio, donde abundan las consignas y los llamados nacionalistas a la defensa de la soberanía y contra “la grosera injerencia” norteamericana, y así lo ha repetido dos días después ese gris amanuense, Bruno Rodríguez Parrilla, canciller cubano por la gracia del divino dedo verdeolivo, en su abúlica conferencia de prensa ofrecida desde Viena.

Mientras tanto, el “pueblo cubano” –sin voz ni voto en toda esta saga– sigue siendo el perdedor, apenas un rehén de políticas e intereses muy ajenos, cuya representación se disputan a porfía tanto la dictadura como el gobierno estadounidense y una buena parte de la oposición.

Habrà que dar al señor Trump las gracias por nada. Una vez más se enmascara la verdadera causa de la crisis cubana –esto es, la naturaleza dictatorial y represiva de su gobierno– y vuelve a colocarse la “solución” de los males de Cuba en las decisiones del gobierno estadounidense. A este paso, nos esperan al menos 50 años más de teatro bufo, para beneficio de los mismos actores que, al parecer y contra las tempestades, tienen la habilidad de conservar siempre su propio lugar.

Miriam Celaya

La nueva política hacia Cuba explicada a los niños

Trump le ha puesto un catéter en la yugular al régimen castrista

MIAMI, Estados Unidos.- La reacción anti Trump durante todo el proceso de las elecciones fue instintiva e irracional. Sus detractores –ignorando la enseñanza fundamental de la filosofía Griega Antigua– se enfocaron en los gestos, la apariencia y todo lo superficial y circunstancial, mientras lo verdaderamente importante en política pasaba inadvertido delante de sus narices. Poco a poco muchos de los enemigos del actual presidente fueron cayendo en cuenta que se habían equivocado. El proceso de desencanto con la histeria anti Trump es largo y tortuoso, aún continúa.

Lo que me llamaba la atención de este bando opuesto era precisamente su carencia de argumentos racionales, su tendencia a atacar y contraatacar, siempre como masa, bajo el calor de la euforia y el impulso ciego. Pudiera decirse, entonces, que también pasaron por alto el llamado a la reflexión que nos hizo la obra más conocida del filósofo español Ortega y Gasset en pleno corazón de la modernidad.

Trump was right, era y es lo que necesita Estados Unidos si quiere conservarse como nación. Era y es lo que necesita el ciudadano americano si no quiere verse marginado en su propia casa por religiones, prácticas y culturas foráneas. En lugar de escuchar a Trump desde una actitud racional ni siquiera se le dio la oportunidad de diálogo y su propues-

ta fue rechazada sin más. Ergo, incomprendida.

Hoy se está cometiendo el mismo error con su política hacia Cuba. Se supone que mientras más cerca de la posición de Obama esté Trump más solidario deban ser con él sus detractores. Pero la farándula politiquera no piensa. Es capaz de ir contra ella misma con tal de dañar al presidente. Resulta que Trump es criticado ahora –de uno y otro bando, dicho sea de paso– porque apenas modificó la política de Obama hacia Cuba (sin comentarios).

¿Por qué tanto alboroto, tanta reacción sin reflexión? ¿Por qué no tratar de comprender primero y opinar –sobre todo, enjuiciar– después? Muchos de los que hoy intentan cubrir de lodo la jugada de Trump con relación a Cuba ya los veremos arrepentidos. A fin de cuentas, la genuflexión de Obama no produjo resultados, más bien fue contraproducente. Sin embargo, si Trump hubiera levantado de un plumazo todo contacto, real y posible, con Cuba, la reacción de sus detractores hubiera sido notablemente más adversa, militante y hasta violenta.

El presidente, afortunadamente, no les dio esa oportunidad.

Si la progresía liberal “irreverente” (y lo pongo entre comillas porque la masa – siempre dominada por una idea o tendencia– no está asociada a la irreverencia, sino a la sumisión) no quiere tropezar de nuevo con la misma piedra, entonces debe tratar de entender que la posición más sensata para ayudar al cubano de a pie es mantener un canal abierto, una cierta presencia y una vía de comunicación con Cuba, es decir, con el pueblo y sus dictadores. Cerrar la puerta y tirar la llave después de lo que hizo Obama es actuar de manera torpe e irresponsable. La parte buena del trato del expresidente (la cual hasta hoy fue más virtual que real) ha sido salvada. La parte mala (la mayoritaria y única en explotación, productora de dividendos para el régimen) ha sido cancelada, literalmente, de un plumazo.

¿Por qué Trump lo hizo de ese modo que hoy tantos no entienden? Porque es un excelente negociador. Y es de un trato de lo que estamos hablando: ni huimos ni nos congraciamos. Quien cierra las embajadas pierde, porque entre otras cosas pierde la capacidad de actuar in situ, la experiencia directa. Ahora Trump tiene el rábano por las hojas sin anular la posibilidad del diálogo. Es más, convirtiendo esa posibilidad en una necesidad para el régimen de La Habana.

Y el mensaje ha sido más que claro: si quieren negociar –y pueden hacerlo, porque ustedes mismos tendieron los puentes que de otro modo tendrían que destruir– las concesiones las tienen que hacer ustedes. Y con los recortes que le he hecho yo a sus empresas militares y al propio turismo estadounidense les estoy diciendo que lo que me interesa a corto y mediano plazos no es el dinero, sino la democracia y la libertad de todos los cubanos, porque sé que ese es también el verdadero negocio, el good deal que traerá en un futuro nada lejano, amén de seguridad para la región, dividendos y prosperidad para los cubanos de la isla, los norteamericanos y los cubanoamericanos.

Todos incluidos por primera vez en una justa exigencia (que no injerencia) del presidente de la nación que ha sido esperanza para muchos dentro de Cuba y segunda patria para otros tantos fuera de ella. Hoy se ve claro que la distancia que separa al presidente, a la Casa Blanca y a los Estados Unidos de América de los cubanos es más corta que la que separa a estos últimos de la Rinconera (residencia de Raúl Castro). Obama quiso dejar un legado y lo hizo: fue el primer presidente norteamericano activo que se fue a turistar con el gobierno comunista de La Habana, esa gloria es toda suya. Pero de Trump cumplir sus promesas –y ya sabemos que lo hace– será él quien entre en la historia de Cuba aun sin proponérselo.

Así pues, detractores, de ser sensatos

hay que dejar hacer al presidente antes de ponerse a convulsionar en los medios. Es sencillo: piensen, reflexionen, valoren las posibilidades que pueden abrirse con esta nueva estrategia política del embudo invertido (como debió ser) y después opinen.

Por ejemplo, la sola prohibición del comercio con las empresas militares – depende cómo se interprete– pudiera extenderse a toda la economía cubana (léase, estatal) atendiendo a que en Cuba no hay nada que de un modo u otro no esté sometido al control militar (y no se olvide que hasta los cuentapropistas son obligados a colaborar con el régimen si quieren conservar sus licencias). Por otra parte, Obama no podía empoderar al cubano de a pie porque las condiciones las ponía la dictadura castrista. Pero con Trump se revierte la ecuación: el único modo para el régimen de obtener algún beneficio es a través del beneficio de los ciudadanos que el propio régimen oprime. Y esto ya indica a un inevitable fin.

Me atrevo a asegurar que pronto se verán en Cuba no solo movimientos eleccionarios, sino cambios masivos de casacas verde olivo por finos vestidos y elegantes trajes. La transmutación del régimen, el timo y la distracción de la opinión pública son previsible en esta dirección. Se extenderá la práctica de la cobertura y la fachada a todos los sectores, estratégicos o no, de la economía. Pero Trump no es Obama, él sabe que el indicador es el pueblo y no lo que digan los gobiernos en los foros internacionales y la prensa izquierdista.

Si Obama oxigenó a la moribunda dictadura, de Trump se puede decir que le ha puesto un catéter en la yugular al régimen castrista. La diferencia radica en que el presidente guarda la jeringa en su bolsillo y no parece tener apuro, porque la bola estará a partir de ahora en la cancha contraria.

Alexis Jardines Chacón



De vuelta a la confrontación

Más que aportar hechos, el nuevo discurso de Washington a La Habana lo que logra es enrarecer el ambiente

MIAMI, Estados Unidos.- “A partir de este momento voy a cancelar el acuerdo totalmente unilateral que el gobierno previo hizo con Cuba”, proclamó Trump. Incierto. Todos los acuerdos se mantienen, pero sus declaraciones y dos prohibiciones menoscaban los avances entre Estados Unidos y la isla caribeña.

El presidente Donald Trump anunció su posición hacia Cuba en un discurso, firmó el “Memorando Presidencial de Seguridad Nacional sobre el Fortalecimiento de la Política de Estados Unidos hacia Cuba” y derogó la Directiva Presidencial de Obama: “Normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba”, el 16 de junio, en Miami.

Trump creó un ambiente de confrontación con el gobierno cubano más por las palabras que por los hechos, propicio para el fortalecimiento del sector inmobiliario en Cuba que obstrucciona las reformas económicas y la apertura a la participación ciudadana. La Habana reaccionó con un incremento notable de la propaganda ideológica y las diatribas contra las personas con opiniones distintas de las oficiales, incluso las discordantes con la política del presidente norteamericano, al retomar el pretexto de ser dictadas y financiadas por Estados Unidos.

Asimismo, Trump perjudica los intereses de Estados Unidos al deteriorar las positivas valoraciones de la población isleña y obstaculizar la incidencia proactiva de los norteamericanos en todos los ámbitos de la sociedad cubana, por impedir los viajes

individuales pueblo a pueblo, que deberán realizarse en grupos a través de las agencias existentes, trámites complicados, demorados y costosos, supuestamente para impedir el turismo.

Los visitantes tienen que guardar su itinerario y todos los comprobantes de gastos durante cinco años para presentarlos si son requeridos. Esta diplomacia individual había sido una prioridad de Obama con gran éxito para el empoderamiento de los cubanos mediante el intercambio de ideas y conocimientos, y la oferta de servicios por emprendimientos privados. De enero a mayo de 2017 visitaron 284 565 estadounidenses, igual cantidad que en todo 2016. El resto de las 12 categorías de viajes autorizadas se mantienen sin necesidad de solicitar licencias. La otra medida adoptada es la prohibición de las transacciones económicas, comerciales y financieras de compañías norteamericanas con empresas cubanas vinculadas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias y los servicios de inteligencia y seguridad, (GAESA), con fuerte presencia en las actividades económicas, entre ellas los servicios turísticos.

Meses pasarán hasta que las secretarías de Estado, Tesoro y Comercio concluyan las revisiones y emitan las disposiciones para su entrada en vigor. Mientras tanto existirá incertidumbre entre cubanos y norteamericanos sobre cómo se ejecutarán, lo cual generará contención para no correr el peligro de ser penalizado. También se retomará la votación negativa a la condena del embargo-bloqueo en la Asamblea General de la ONU.

Trump mantuvo las relaciones diplomáticas a nivel de embajadas, los 22 acuerdos suscritos entre ambos gobiernos, el envío de remesas a Cuba, los viajes de cubanos a Estados Unidos, los vuelos de las compañías aéreas y los cruceros norteamericanos, la venta de alimentos, y la utilización de los servicios de hoteles y negocios administrados por el Estado cubano no vinculados a los militares y los servicios de seguridad estatal.

Entre la población cubana surgieron grandes preocupaciones por la posibilidad de que se desplomen las rentas de casas, habitaciones y autos antiguos, los clientes en paladares, la demanda de servicios, y las compañías aéreas disminuyan los viajes

y eleven los costos de los boletos por no seguir aumentando o bajar la afluencia de pasajeros. La rebaja significativa de los precios ha propiciado las visitas familiares y la búsqueda de mercancías para los negocios propios o la venta en el mercado informal.

En cuanto a los norteamericanos, la inestabilidad creada por Trump atenta contra las posibilidades de estabilidad y crecimiento de los negocios iniciados, así como expandir el comercio y comenzar actividades en la infraestructura económica y el turismo. Los proyectos de leyes para levantar la prohibición de viajar a Cuba con creciente apoyo bipartidista no progresarán en la Cámara de Representantes (Congreso) ni el Senado, donde el Partido Republicano tiene mayoría, hasta pasadas las elecciones de medio término en noviembre de 2018, y el fin del embargo se aleja más.

El Gobierno cubano reactivó las arengas políticas, pero en la Declaración emitida inmediatamente después de los anuncios de Trump y a través del canciller Bruno Rodríguez el 19 de junio, ha subrayado la disposición de cumplir los acuerdos y continuar el diálogo, la cooperación y la negociación de los asuntos bilaterales pendientes con el Gobierno de Estados Unidos. La prudencia parece prevalecer mientras se esperan mayores definiciones y las regulaciones de las dos medidas que tardarán meses, y se puedan reanudar las conversaciones sobre temas de interés mutuo.

Mientras tanto, la mayoría de las personas de origen cubano y norteamericanos de todas las esferas en Estados Unidos han expresado fuerte desacuerdo con el regreso a la confrontación dictada por Trump en acuerdo con una minoría de cubanoamericanos. El pueblo isleño no logrará la ampliación de sus derechos ni será empoderado. Toda la oposición será etiquetada como mercenaria y más reprimida, aun aquella que no concuerda con la política de Trump, y Estados Unidos perderá los espacios alcanzados desde 2009. La política proactiva, pueblo a pueblo, ha probado su eficacia. La solución de los problemas corresponde a los cubanos de adentro, con el acompañamiento de la comunidad internacional, incluidos los Estados Unidos.

Miriam Leiva



¿El show fue en Miami o en La Habana?

El pasado sábado, un operativo del régimen impidió el acceso a la vivienda del abogado opositor Hildebrando Chaviano

LA HABANA, Cuba.- La propaganda oficialista cubana calificó de “show” la comparecencia en Miami del presidente Donald Trump para dar a conocer las características que tendrá su política hacia Cuba. Además, desde hacía varios días los medios de difusión en la isla habían formado una algarabía acerca del posible contenido de la nueva estrategia de Washington.

Mas, después de conocerse el mensaje presidencial, da la impresión de que no era para tanto. Es cierto que el castrismo experimentará una merma en sus ingresos al restringirse los viajes de ciudadanos norteamericanos a la isla, y sobre todo se afectará el Grupo de Actividades Empresariales GAESA, ese emporio dirigido por los militares, cuyo jefe es el padre del nieto-guardaespalda de Raúl Castro, y que controla casi el 60% de la economía cubana.

Sin embargo, Trump mantendrá las relaciones diplomáticas restablecidas en 2014, así como las embajadas en ambas capitales. No se afectarán los viajes familiares ni las remesas que se envían a la isla. Sigue en pie el acuerdo migratorio que elimina la política de “pies secos, pies mojados” y el Programa de Parole para los médicos cubanos. Y se seguirán permitiendo los vuelos regulares y los cruceros.

No obstante, el castrismo no podía perder la oportunidad para denunciar la intensificación del “bloqueo” de Estados Unidos. Así consta en una pomposa “Declaración del Gobierno Revolucionario”, aparecida en los principales periódicos de la isla el pasado sábado 17 de junio, en las entrevistas realizadas a personas en las calles –por supuesto, a personas que, se sabía, iban a hablar bien del gobierno cubano–, y en las declaraciones de los participantes en el Consejo Nacional de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), bajo la égida de la miembro del Consejo de Estado, Jennifer Bello Martínez.

Y es que, como sabemos, los gobernantes cubanos necesitan de un enemigo externo para lograr algún grado de legitimidad, y en ese sentido la permanencia del embargo de Estados Unidos les viene como anillo al dedo. No hay que olvidar que, aun tras las numerosas medidas de acercamiento a la Isla promulgadas por el expresidente Barack Obama, el discurso oficialista insistía

en que “el bloqueo se mantenía intacto”. Y mucho antes, cuando comenzaron las ventas de alimentos norteamericanos a Cuba, un viceministro cubano de Relaciones Exteriores había sido desautorizado públicamente después de expresar que se habían abierto brechas al “bloqueo”.

La referida Declaración del Gobierno cubano censura al presidente Trump por preocuparse por la situación de los derechos humanos en Cuba, y acto seguido acude a la conocida retórica de que “el pueblo cubano disfruta de derechos y libertades fundamentales”.

Al parecer, el castrismo ha olvidado que el derecho de reunión pacífica es un derecho humano fundamental. Fue así como, el pasado sábado 27 de mayo, un operativo de la Seguridad del Estado impidió a varias personas el acceso a la vivienda del abogado opositor Hildebrando Chaviano, quien pretendía reunirse con varios amigos.

Curiosamente, la represión en torno a Chaviano ocurre cuando el país se apresta a celebrar elecciones a nivel de circunscripción en octubre próximo, tomando en cuenta que Hildebrando fue uno de los candidatos independientes que se postularon en las últimas elecciones celebradas en 2015.

Así funcionan los derechos humanos y el proceso electoral en la Cuba de Raúl Castro.

Orlando Freire Santana



Una española testarudamente castrista

*Belén Gopegui prefiere dormir del lado izquierdo
y soñar con utopías desfasadas*

LA HABANA, Cuba.- La escritora española Belén Gopegui fue la protagonista de la más reciente emisión de La Pupila Asombrada, que viene siendo la versión televisiva y con musiquita progre de La Pupila Insomne, el blog de Iroel Sánchez, el más oficialista de los blogueros oficialistas y una especie de “ciberinquisidor” político-ideológico de los semioficialistas.

El comisario Iroel y la periodista Karen Brito, que se las arregla de maravillas para fungir como anfitriona del programa, aprovecharon la presencia de Belén Gopegui en la más reciente Feria del Libro de La Habana para cortejarla y ponerla a hablar, en pose de intelectual perseguida, cualquier cantidad de boberías. Y la Gopegui encantada, que ese es precisamente su fuerte: hacerse la víctima y hablar sandeces, siempre a la izquierda y más anticapitalista que el mismísimo Carlos Marx. ¡Lástima de talento desperdiciado!

Belén Gopegui prefiere dormir del lado izquierdo y soñar con utopías desfasadas. Su sueño, como el de una Rip Van Winkle marxista, es tan profundo que ignora que el mundo, para mal o para bien, cambió. Ya no es como solía ser o como nos era más sencillo creer que era. Hoy, muchos otrora revolucionarios y que se dicen izquierdistas –al menos en los discursos y los rituales–, han transformado en pesadillas los sueños que una vez engendraron en los incautos y superan ampliamente a sus adversarios en cuanto a conservadurismo y en ser retrógrados hasta extremos que lindan con el fascismo.

La escritora, de 54 años, mantiene una agria visión de la realidad y un lenguaje de confrontación. Vive permanentemente asediada por ideas paranoicas, creencias teologales y fantasmas del pasado. No parece haberse enterado de que hace 40 años España salió del túnel de la dictadura franquista y entró en la democracia. Sigue obsesionada con la censura. Según ella, en el periódico El País, que ha derivado hacia la derecha, le prohíben escribir. Se dice víctima de una conspiración mediática para silenciarla. ¡Poco

más y tiene que pasar a la clandestinidad!

¿Sus vicisitudes en El País no tendrán que ver con la competencia de Rosa Montero y Rosa Regás? Según la misma Gopegui admite, la atenaza la rabia cuando escribe. En la ficción puede pasar –de hecho, en su caso funciona–, pero esa rabia, mal dosificada, es un serio hándicap para la credibilidad de un periodista. Y si encima le da por el teque, imagínense.

El apagón mediático del que Belén Gopegui dice sentirse víctima, ¿será comparable con la censura y la represión que sufrimos los periodistas y escritores que nos escapamos del control del Estado-Partido-Gobierno y que no somos precisamente desalmados trogloditas de la ultraderecha?

Belén Gopegui es incondicional del régimen castrista, por el cual quiebra lanzas. Para ella, es una cuestión de fe. Según afirma, el debate sobre Cuba es decisivo para el futuro de la izquierda española. Dice que defendiendo a Cuba –es decir al régimen castrista– se defiende a sí misma.

Opina sobre Cuba sin que le pregunten. Cree tener la verdad absoluta y no admite que le hagan cuestionamientos. Para considerarse conocedora del tema cubano se basa en sus contactos con algunos representantes de la cultura oficial, haber sido alguna vez invitada del programa Mesa Redonda y haber publicado en La Jiribilla.

En La Pupila Asombrada mostraron un fragmento de una perorata de Belén Gopegui durante un homenaje a Fidel Castro en España, el pasado mes de marzo, donde lamenta que “el hombre viejo europeo” no haya sido sustituido, como en la sociedad cubana, por el hombre nuevo del que hablaba Che Guevara. ¡Alabado sea Dios! ¡El hombre nuevo! ¿Y eso existe? ¿Lo lograron fabricar? ¿Dónde lo vio Belén Gopegui? ¿Qué musulungo, qué “Asere cubensis” disfrazado y con boina guerrillera de las que venden a los turistas en la Habana Vieja le habrán mostrado Karen Brito e Iroel Sánchez?

Luis Cino Álvarez



Días en la última Habana

*‘Nuestro proyecto de sociedad ha fracasado’,
dice Fernando Pérez*

LA HABANA, Cuba.- La vida es una semana, dice el dicho. En la reciente película de Fernando Pérez, *Últimos días en La Habana*, una semana es la vida resumida de varios personajes, sobre todo la de dos viejos amigos: el taciturno Miguel, que sueña con escapar de Cuba, y el locuaz Diego, que, a punto de morir, sueña con más vida.

Como es habitual en este realizador, los personajes llevan la trama entre las arduas entrañas de un personaje mayor, una especie de gran madre nutriente, La Habana, que, con una dureza que por momentos parece mortal, sustenta los sueños y pesadillas y los dolores y goces de sus hijos, cuya historia parece narrarnos con dulce amargor.

Asombra que quien animó al experimentado director para acometer esta obra, Abel Rodríguez, no era guionista profesional. Fernando Pérez confiesa que, más que los personajes, lo convenció el espacio social en que se mueven, Centro Habana, “el más representativo de la sociedad cubana por ser el más popular”, donde se toma “la verdadera temperatura de la realidad cubana”. Además, “La Habana es mi lugar en el mundo, donde he vivido todos mis amores y desamores durante más de 70 años”.

Reencontramos amores y desamores, pesares y esperanzas, en un canto a la amistad –en este caso, homosexual– y al derecho de cada individuo a expresarse a su manera. Puede parecer un exceso el eterno regreso de estereotipos que amenazan de predecible a un relato que, no obstante, se salva por ese impulso quebrador de prejuicios y ese instinto de libertad que marcan el arte de Fernando Pérez.

Pocos consiguen, como él, expresarse con autenticidad lo mismo a través de una obra metafórica y simbólica que por medio de una pieza realista y desnuda de esteticismo como esta. Sin ser película mayor, no la cruzan los trillos del facilismo. A fin de cuentas, el artista hace suya una confidencia de Sigmund Freud: “He sido un hombre feliz: todo en la vida me ha sido difícil”.

Como en una historia así todo depende de la naturalidad y la autenticidad de los personajes, el desempeño de Jor-

ge Martínez (Diego) y de Patricio Wood (Miguel) –y de los personajes en torno a ellos– resulta otro esmerado logro de quien ha demostrado su maestría para obtener de los actores la emoción exacta que él buscaba y que, en ocasiones, ellos mismos no se sabían capaces de expresar.

Esa naturalidad, la desnudez estética, la economía narrativa, la frescura del lenguaje, han dicho algunos críticos, pueden hacer creer que estamos ante otra producción alternativa de alguno de los nuevos directores. Es lógico, pues Fernando Pérez sigue siendo el más “joven” de los veteranos del audiovisual cubano y, por si eso fuera poco, el que mejor química hace con los noveles cineastas, como demostró, por ejemplo, cuando, en protesta por la censura oficialista sobre ese evento, renunció a la presidencia de la Muestra de Jóvenes Realizadores.

Todos aspiran a un cambio pero no ha cambiado nada

Si *Últimos días...* expone la precariedad en que vive hoy la mayoría de los cubanos no es por seguir manoseando el tópico. “Cuando te enfrentas a una miseria tan grande surge una relatividad de la ética”, declaró el director en una entrevista para la revista española *El Cultural*. Con su habitual sinceridad, se refirió a diversos temas de la Cuba actual, pero fue tajante su respuesta cuando el entrevistador comentó que “pese a la reputación de la sanidad cubana, lo terrible es que el enfermo de sida (el personaje Diego) en Europa no estaría moribundo”.

“Es una muestra más de cómo los presupuestos de la sociedad cubana no se han cumplido”, dijo el cineasta. “Nuestro proyecto de sociedad ha fracasado. Me gustaba que fueran homosexuales porque en parte eso acentúa más las contradicciones de la sociedad cubana. Se suponía que iba a ser un régimen igualitario y la discriminación a los gays demuestra que no lo ha sido”.

“No ha cambiado nada”, responde Fernando Pérez cuando el periodista le pregunta si la muerte de Fidel Castro ha cambiado algo: “Ahora mismo la situación es de incertidumbre, en que todos aspiran a un cambio pero no cambia

nada. La situación económica ha tocado fondo y la transformación en los valores sociales y políticos es inaplazable”.

Pero nada de eso lo desanima de seguir explorando y arriesgándose como creador, sin mirar atrás: “Siempre estoy involucrado en encontrar la brújula que me guíe en el próximo proyecto. Ahora mismo estoy tratando de desentrañar la luz narrativa de *Insumisa*, una película que cuenta la historia de Enriqueta Faber, médica suiza que tuvo que tomar la personalidad de un hombre para poder ejercer como cirujana en Baracoa a principios del siglo XIX”.

Hace pocos años, Juan Antonio García Borrero –creador del blog *Cine cubano*, la pupila insomne–, ante la insistencia del director en “proteger a su cine de la política”, se mostró de acuerdo, aunque acotó que “si queremos llegar a ser honestos hasta la última sílaba, tendríamos que comenzar admitiendo que desde hace cincuenta años en Cuba la política (una única política) está en todo, y que es ella la que condiciona nuestras maneras de expresarnos en público. O de callarnos, que es también otra variante del habla local”.

García Borrero añadía también que “otras veces te he comentado que no me satisface del todo el mesianismo onírico que percibo en tus películas, ese concederle un valor casi absoluto al poder de las utopías (sean estas individuales o colectivas)”.

Estas objeciones no deben desecharse, pese a los méritos innegables del autor de *Suite Habana*. O gracias a ellos. Pero en el marco del cine cubano, la obra de 30 años de Fernando Pérez y sus opiniones fuera del set –dos caras en que muchos otros realizadores se contradicen– tienen una solidez que solo se consigue siendo consecuente y honesto.

Estas dos virtudes no abundan en nuestra cinematografía, ni en nuestra cultura en general, ni a lo largo del país, porque, siendo peligrosas para la supervivencia y para cualquier tipo de éxito, no son atributos que cualquiera carga en su maletín.

Ernesto Santana Zaldívar

Un millón de gracias, Donald Trump

El viernes 16, el presidente de EEUU dio un duro golpe a la dictadura militar de Raúl Castro y a sus generales

LA HABANA, Cuba.- Los cubanos sin poder, en Cuba y en tantos otros lugares del mundo, seguramente se sintieron reconfortados y agradecidos con el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, el pasado viernes 16 de junio.

Pero no solamente ellos, que se cuentan por millones, sino además y sobre todo, aquellos cinco mil que, en ese otro mundo del más allá que aún ignoramos, fueron fusilados por el odio de Fidel y Raúl Castro en las guerrillas de la Sierra Maestra y a partir del triunfo de la camarilla castrista.

Donald Trump habló en honor de los cubanos que se vieron forzados a abandonar su país, tildados de apátridas y gusanos por el Comandante Iluminado.

Habló en honor de los primeros cubanos que en la temprana fecha de 1959, lucharon contra el comunismo que ya se olfateaba.

Trump no olvidó a los miles que, de la noche a la mañana, fueron desposeídos de sus comercios, fábricas y timbiriches con la Ofensiva Revolucionaria de 1968, de los periodistas que salieron espantados hacia un futuro desconocido, cuando los medios de prensa cubanos cayeron en manos de los hermanos Castro, para su propaganda política, como ocurre aún.

Trump habló a favor de los miles de los presos políticos plantados, que pudieron sobrevivir de puro milagro en las nuevas cárceles construidas para ese fin por el castrismo, los que no pudieron ser doblegados jamás.

Trump no olvidó y habló a favor de todos los cubanos y extranjeros que hemos sido torturados durante meses en las tapiadas de la Seguridad del Estado –policía política–, y condenados por leyes draconianas a largos años de cárcel.

Habló, sí, a favor del Movimiento de Derechos Humanos, surgido a finales de 1976, en un apartamentico del reparto Mañana, en el pueblo habanero de Guanabacoa, donde un cubano valiente de nombre Ricardo Bofill Pagés, desafió a un gobierno militar, que sólo pudo ven-

cerlo cuando a punta de pistola lo montó en un avión rumbo a Alemania, deportado de Cuba.

Trump no olvidó a los miles de activistas y periodistas independientes que exigimos el respeto a todos los Derechos Humanos y que por esa razón hemos sido y somos golpeados, encarcelados, difamados, muchos obligados a abandonar el país, con el fin premeditado del régimen de desaparecer organizaciones civiles que luchan pacíficamente contra la opresión.

Tampoco Trump ha olvidado a la gran parte de la población cubana, enferma de miedo, muchos de ellos engañados, engatusados y que como hizo Mahatma Gandhi, esperan el final de la dictadura, un final que siempre han sentido más temprano que tarde.

El viernes 16, Donald Trump dio un duro golpe a la dictadura militar de Raúl Castro y a sus generales, la nueva clase que disfruta de privilegios arrebatados, porque no fueron capaces de crearlos, frente a un pueblo mal alimentado, mal protegido socialmente, mal atendidos en pésimos hospitales, convertidos en los nuevos esclavos del siglo XXI, con salarios humillantes.

El duro golpe recibido por la dictadura es poco en comparación con lo que se merece. Ni aun desaparecida, los cubanos podremos olvidar tanto dolor, tanto sufrimiento, tanto daño causado durante tantos años.

Gracias, señor Trump, ojalá sepa usted el lugar que acaba de ocupar en el alma del pueblo cubano. Segura estoy que hasta nuestro José Martí, allá en la muerte, amante como era de la libertad, se lo agradece.

Tania Díaz Castro



¿Socialismo próspero o Estado corporativo fascista?

El régimen fabrica 'políticos' y 'comerciantes' a partir de soldados

LAS TUNAS, Cuba.- “Provocarán daños humanos y privaciones, afectarán a las familias cubanas. Traerán daños económicos no sólo a las empresas estatales en Cuba, sino también a las cooperativas y dañarán especialmente a los trabajadores por cuenta propia o privados”, dijo este lunes el ministro de Relaciones Exteriores Bruno Rodríguez Parrilla, en conferencia de prensa desde Viena, Austria, a propósito de la nueva política del presidente Donald Trump respecto a Cuba.

Como la directiva del presidente Trump contempla excepciones para expandir las telecomunicaciones, Internet, continuar con la exportación de productos agrícolas, medicamentos, dispositivos médicos, los viajes familiares, el envío de remesas, los vuelos regulares a Cuba, las operaciones

de cruceros y las transacciones relacionadas con las rentas de habitaciones en casas particulares, donde los estadounidenses pueden venir y hospedarse según doce categorías de viajeros, cabe preguntarse: ¿Por qué las nuevas directivas del presidente Donald Trump respecto a Cuba “provocarán daños humanos y privaciones, afectarán a las familias cubanas y dañarán especialmente a los trabajadores por cuenta propia o privados?”, a decir del señor Rodríguez Parrilla.

“¿A qué sindicato usted pertenece?”, pregunté ayer a un dependiente de una Tienda Recaudadora de Divisas (TRD).

“Al de trabajadores civiles de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias)”, dijo el dependiente.

De un extremo a otro de Cuba, cualquiera puede repetir la pregunta y recibirá la misma respuesta de los empleados de las TRD: “pertenecemos al sindicato de trabajadores civiles de las FAR”.

En pleno siglo XXI, el régimen castrista, que preconiza un “socialismo próspero y sostenible” en realidad opera cual Estado Corporativo, la doctrina puesta en práctica por Benito Mussolini entre los años 20 y 30 del siglo pasado y que, en esencia, es la subordinación del individuo al Estado, que sustituye los principios de libertad por los de autoridad, dotando al Estado de omnipotencia al proveer de fuentes de financiamiento a las instituciones que lo sustentan.

“La libertad de una democracia no está a salvo si la gente tolera el crecimiento del poder en manos privadas hasta el punto de que se convierta en algo más fuerte que el Estado democrático. Eso, en esencia, es el fascismo, la propiedad del Estado por parte de un individuo, de un grupo o de cualquier otro que controle el poder,” dijo Franklin D. Roosevelt, dirigiéndose al Congreso de Estados Unidos el 29 de abril de 1938.

Más cercano en el tiempo, en 1961, en su discurso de despedida a la nación, Dwight D. Eisenhower hizo ver a los estadounidenses “la necesidad de mantener balance entre la economía privada y pública y entre el costo y la expectativa de ventajas”.

Pero Barack Obama, más preocupado por el legado personal, que ya a galope se transforma de herencia en deuda histórica, no fue lo suficientemente profundo a sus antecesores, antes de acercarse a los

castristas.

Cuando en 1961 Eisenhower se despidió de los estadounidenses como su presidente, todavía frescas estaban en su memoria las multitudes a los pies de Mussolini y de Hitler, y como para que no olvidara esas imágenes, a sólo 90 millas de Estados Unidos, en Cuba, otras multitudes aplaudían a Fidel Castro en lo que Franklin D. Roosevelt conceptuó de forma lapidaria: “La libertad de una democracia no está a salvo si la gente tolera el crecimiento del poder en manos privadas hasta el punto de que se convierta en algo más fuerte que el estado democrático”.

Fidel Castro, como si Cuba fuera la prolongación de una propiedad privada y no una nación, gobernó por decreto desde 1959 hasta 1976, cuando, sin urnas, se hizo elegir. Ya Fidel Castro murió, pero nada ha cambiado, ni cambiará, porque a decir de Franklin D. Roosevelt, Cuba es “propiedad del Estado por parte de un individuo, de un grupo o de cualquier otro que controle el poder.”

Ese individuo primero se llamó Fidel Castro, luego Raúl Castro, y después vendrá otro individuo del cual poco importa el nombre, en tanto forme parte del Partido Comunista, el grupo que “controle el poder”.

Salvo honrosas excepciones, más que el control del Partido Comunista, los cubanos toleraron –toleran– el castrismo, esto es, el régimen militar que desde 1959 gobierna en Cuba.

El concepto de militarismo es aceptado cuando en el gobierno de un Estado predomina la clase o casta militar insertada en las posiciones más encumbradas. En Cuba hoy el militarismo está más a la vista que nunca en su historia.

En Cuba, la Ley Orgánica del Ejército del 27 de enero de 1942, disponía que sólo cuatro generales de brigada comandarían su jefatura, y uno de ellos, elegido por el Presidente de la República, con rango transitorio de mayor general, luciría tres estrellas mientras estuviera al frente del Estado Mayor.

Por estos días se cumplen 28 años del juicio y posterior fusilamiento del general Arnaldo Ochoa Sánchez, cuyo preámbulo, entre el 25 y 26 de junio de 1989, fue un “tribunal de honor”, compuesto por 45 generales y dos almirantes.

Precisamente durante el proceso del general Ochoa y demás acusados, Fidel Castro dijo que sólo en las Fuerzas Armadas Revolucionarias el país gastaba “imás de mil millones!” de dólares, y “no he contado los cientos de millones que el país gasta en el Ministerio del Interior”, aseguró el entonces Comandante en Jefe.

Todo ese dinero la Unión Soviética se lo proporcionaba a los militares cubanos a cambio de tener una posición a sólo 90 millas de Estados Unidos. Quebrado el campo socialista, aún antes del derrumbe pero ya previéndolo, los militares cubanos crearon su “Estado corporativo”.

Pero aunque resulte una paradoja, sólo de las arcas capitalistas de Estados Unidos podían provenir los millones que antes fluyeron de Moscú. Sólo era cuestión de esperar, aunque no con los brazos cruzados. Con el departamento MC, adscrito a la DGI (Dirección General de Inteligencia), a las órdenes del luego fusilado coronel Antonio de la Guardia, a través de Panamá los militares cubanos burlaron el embargo estadounidense al punto de conseguir hasta spray lacrimógenos y esposas Made in USA para la policía.

Después Fidel Castro conseguiría a Hugo Chávez y con él el petróleo de Venezuela. Pero eso no era suficiente: faltaban los granjeros y los turistas de Estados Unidos, y llegó Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos cayéndole a los castristas como agua venida del cielo: dándolo todo sin pedir nada.

Tiene razón el señor Bruno Rodríguez Parrilla cuando dijo: “provocaran daños humanos y privaciones, afectarán a las familias cubanas. Traerán daños económicos no sólo a las empresas estatales en Cuba, sino también a las cooperativas y dañaran especialmente a los trabajadores por cuenta propia o privados”, sólo que al ministro Bruno Rodríguez le faltó decir: Pero esta vez no por el embargo, los estadounidenses quieren comerciar con Cuba; ahora el bloqueo es el de los militares cubanos, que a toda costa se niegan a permanecer en sus cuarteles y a como dé lugar quieren proseguir haciendo de políticos y comerciantes en lugar de soldados.

Alberto Méndez Castelló



¿Más o menos embargo? Lo que prefiere Castro

Para algunos miembros del régimen, ya sean de “línea dura” o “suave”, las limitaciones del “bloqueo” son un mal necesario

LA HABANA, Cuba.- El éxodo de cubanos mostró un asombroso aumento en los últimos cuatro años. Pocos se explican cuáles fueron las verdaderas causas de esa paradójica explosión que, en su apogeo, desencadenó reacciones diplomáticas diversas en el área, cambios en el sistema de visado en algunas oficinas consulares, creación de campos de refugiados, cierre de fronteras y hasta la eliminación de la ley de “pies secos, pies mojados”, algo no visto desde los sucesos del Mariel en los 80 o desde la crisis de balseros en los más dramáticos momentos inmediatos a la caída del bloque comunista de Europa.

Una situación inexplicable en medio de un proceso de normalización de las relaciones entre los gobiernos de Cuba y los Estados Unidos. Un comportamiento anómalo teniendo en cuenta que Barack Obama estaba haciendo lo posible por mejorar la vida de los cubanos flexibilizando algunas de las aristas más perjudiciales del embargo, ofreciendo oportunidades para el sector económico no estatal, apostando por el surgimiento de una verdadera sociedad civil, además de otras estrategias para favorecer un cambio democrático de manera pacífica.

No obstante, la reacción dentro de la isla, en algunos aspectos, estuvo algo distante de lo imaginado por los consejeros de la política hacia Cuba del presidente norteamericano. Por ejemplo, lejos de haberse detenido la corriente migratoria hacia el Norte, esta aumentó debido a una cuestión que ni los integrantes de los gabinetes de Obama y Trump parecen haber comprendido en su verdadera esencia.

El éxodo, aunque signado por actitudes de desencanto, no respondía tanto a una reacción de desconfianza o incertidumbre con el camino político conjunto emprendido por ambos países sino, todo lo contrario, a la amenaza que constituía la certeza de una eliminación del embargo económico.

Si se analiza el componente principal de la migración cubana se podrá tener una idea de lo sucedido.

En un estudio de febrero de 2017, inédito, realizado como ejercicio de maestría por un grupo de la facultad de Economía de la Universidad de La Habana, se determinó que cerca del 80 por ciento de la migración cubana en los últimos cinco años está conformado, primero, por dueños de pequeños negocios privados (cuentapropistas); segundo, personas que ocuparon cargos o puestos importantes en instituciones estatales y que, por diversas vías, legales o no, acumularon suficiente capital para llevar a cabo sus planes de salida por vías irregulares; tercero, personas que, con o sin ayuda financiera del exterior, participaban activamente del amplio mercado negro que se levanta sobre un sistema económico dominado por la corrupción, un denominador que prácticamente vincula a unos con otros.

Antes de la llegada de Trump a la Casa Blanca, en medio de las esperanzas de una continuación del proceso de acercamiento que protagonizaría la candidata demócrata Hillary Clinton, entre los altos funcionarios del gobierno cubano se



hacía más fuerte la convicción de que el embargo económico tenía los días contados.

La ortodoxia comunista iba cediendo ante una corriente, dentro del propio gobierno, que, aunque contraria a cualquier forma de oposición política, todavía hoy apuesta por cambios discretos en todos los órdenes, lo que, a la larga, evitaría un estallido social que a muy pocos convendría. Incluso gran parte de los planes de crecimiento hacia el 2030 se trazaron sobre esa cuerda que parecía indestructible.

Lo que para unos, sobre todo en la cúpula del poder, constituía una garantía de supervivencia política por al menos una década más, tiempo suficiente para poder manejar la crisis de manera tal que a todos pareciera que los cambios partían de una voluntad y que no eran resultado de presiones internas y externas, para otra parte de los funcionarios estatales, conectados directamente con un mercado negro cuya prosperidad depende ciento por ciento de la crisis económica y del mantenimiento del embargo, las alarmas comenzaron a sonar de manera ensordecedora.

El fin del embargo es, si no la solución definitiva al pantano económico cubano, al menos la antesala de la debacle de un sistema político tal como fue concebido y manejado por los elementos retrógrados del Partido Comunista, que necesita de un enemigo sobre el cual alzarse y a quien atribuir los reiterados fracasos de los planes económicos y sociales.

Para algunos, ya sean de “línea dura” o “suave”, las limitaciones del “bloqueo” son un mal necesario porque, además, son una forma de ocultar, por una parte, la ineptitud y falta de genuino compromiso patriótico de muchos de los “partidistas”; por la otra, la conexión, y en algunos casos la hegemonía, de muchos de sus cuadros, a todos los niveles, con la economía subterránea.

Mantener el embargo e incrementarlo es, sin dudas, fortalecer la base sobre la cual se alza el sistema de privilegios del cual gozan los funcionarios estatales. Prerrogativas que no son más que aquellas “mieles del poder” a las que se refería Fidel Castro cuando descubrió la trama de conspiraciones en su contra llevada a

cabó por su propio grupo de apoyo.

El sistema de privilegios, en buena medida justificado por los efectos negativos del embargo, permite no solo camuflar el desvío de los recursos estatales sino, además, convertir en habituales, dentro de la economía cubana, aquellos mecanismos, como las empresas off shore o el uso de los llamados “compradores”, por ejemplo, que permiten burlar el embargo y que, en consecuencia, dotan de poderes extraordinarios y de peligrosa autonomía a funcionarios que han sabido explotar a favor de sus bolsillos, de manera muy efectiva, la parte mitológica del “bloqueo” como fuente de todos los males.

Tan solo siguiendo los casos denunciados en los principales diarios de la prensa oficialista cubana, desde 1960 a la actualidad, los escándalos de corrupción vinculados a actividades diseñadas para evadir el embargo por parte del gobierno cubano ha arrojado un saldo de más de mil doscientos funcionarios estatales de alto rango sancionados por actividades ilícitas.

No se cuentan en el grupo aquellos otros “cuadros de dirección” de menor categoría como directores de empresas, subdirectores, gerentes y oficiales de las Fuerzas Armadas o del Ministerio del Interior que también han sido defenestrados por lucrar con recursos estatales bajo el “amparo extraordinario” que les ofrece la sacrosanta existencia del embargo.

“Mucha gente saldrá perjudicada, multitudes de gentes, y no solo gente de la calle, sino gente que está arriba, bien arriba. Aquí y allá”, me decía hace poco un ex funcionario del Ministerio de Comercio Exterior cuando lo invité a hablar sobre las consecuencias del fin del embargo de los Estados Unidos a Cuba.

Su opinión coincide con la de otras personas que han analizado la cuestión ya desde una experiencia práctica, ya como objeto de estudio.

Un destacado profesor y economista de la Universidad de La Habana que, al igual que otros entrevistados, por temor a represalias por hablar para un medio de prensa independiente, ha preferido mantenerse en el anonimato, describe algunas de las reacciones que sobrevinieron al anuncio del inicio del proceso de

acercamiento entre los gobiernos cubano y norteamericano.

“Se hizo más fuerte la idea de una eliminación del bloqueo. Eso entusiasmó a quienes no sacan provecho de él, pero quienes saben lo que significa fin del bloqueo se llamaron a capítulo. (...) Hubo éxodo de cuadros en las empresas. Dirigentes, grandes jefes que pidieron la liberación (en las empresas estatales) alegando razones de índole personal porque cundió el pánico. Si esto se arregla, nos jodemos, es lo que pensaron. Muchos de ellos viajaron a Panamá, a México, a Rusia, otros tuvieron suerte y fueron reclamados por la familia y pudieron llegar a los Estados Unidos antes que cerraran porque si no hoy tuvieran media isla del otro lado. (...) Todos, directa o indirectamente, hemos tenido que hacer de tripas corazón. Y estoy seguro de que hay quienes no saben vivir sin el bloqueo. (...) Veían el fin de ese socialismo al que estaban acostumbrados y donde al año se desvían cientos de miles, millones de dólares, que después se justifican como pérdidas ocasionadas por el bloqueo”.

Tanto de un lado como del otro del Estrecho de la Florida, abundan los que han sabido sacarle partido al embargo. Pienso en esas personas a las que no conviene que el gobierno comunista llegue a su fin o que simplemente se flexibilice porque esto los coloca en peligro de muerte.

Existe todo un abanico de “beneficiarios por el embargo”, que incluye desde aquel que, residiendo en Miami o en Panamá, en Rusia o en Ecuador, y sabiendo la escasez que sufren los cubanos, vive de extorsionar revendiendo ropas de saldo en La Habana, o a ese que se repatria solo después de calcular que un dólar es una fortuna para quien solo gana veinte como salario mensual.

Ambos en nada se diferencian de ese director o empleado oficialista que roba los recursos de la empresa para beneficio propio y que luego desfila por la plaza con una pancarta de “Abajo el bloqueo” cuando es el “bloqueo” quien le permite alzarse sobre la miseria que él mismo contribuye a generar y eternizarse.

Ernesto Pérez Chang

ENCUÉNTRANOS ADEMÁS EN



ESCRÍBENOS A

cntredaccion@gmail.com